

EL MIEDO

EL MIEDO

A J. K. Huysmans.

Subimos á cubierta después de comer. Ante nosotros se extendía la superficie del Mediterráneo lisa, inmóvil, iluminada por la luna. El gran vapor avanzaba, arrojando al cielo, sembrado de estrellas, retorcida columna de humo: detrás de nosotros, el agua, blanca, agitada por el paso del pesado buque, azotada por la hélice, espumeaba, parecía retorcerse, lanzaba reflejos de luz en tanta abundancia, que dijérase que la luna hervía.

Seis ú ocho hombres estábamos reunidos, silenciosos, vuelta la mirada hacia el Africa lejana donde íbamos. El capitán, que fumaba un cigarro junto á nosotros, reanudó de pronto la conversación que sostuviéramos durante la comida.

—Sí, tuve miedo aquel día. Mi barco permaneció seis horas con aquella roca clavada en sus entrañas y azotado por las olas. Por fortuna fuimos recogidos por un buque inglés que nos vió.

Entonces un hombre alto y quemado por el sol, de aspecto grave; uno de esos hombres que se adivina que han atravesado grandes regiones desconocidas entre incesantes peligros y cuya mirada tranquila parece reflejar, en sus profundidades, algo de los raros países que ha visto; uno de esos hombres que se adivina que son valerosos como clara es el agua, naturalmente, habló por primera vez:

—Dice usted, capitán, que tuvo usted miedo; no lo creo. Se engaña acerca de la palabra y de la sensación que experimentó. Un hombre enérgico, no experimenta nunca miedo ante un peligro verdadero. Se siente conmovido, agitado, ansioso; el miedo es una cosa distinta.

El capitán replicó riendo:

—¡Diantre! Le aseguro, sin embargo, que sentí miedo.

El hombre de tez bronceada por el sol, repuso con lentitud:

—Permita usted que me explique. El miedo (y los hombres más osados pueden tener miedo) es

algo espantoso, una sensación atroz, un espasmo horrible del pensamiento y del corazón, cuyo solo recuerdo produce escalofríos de angustia. Pero esto no ocurre, siendo valiente, ni ante un ataque ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas que reviste el peligro: ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas enfrente de un vago riesgo. El verdadero miedo es algo así como reminiscencia de los terrores fantásticos de otro tiempo. Un hombre que crea en los aparecidos y que cree advertir un espectro en el seno de la noche, debe experimentar el miedo en todo su espantoso horror.

Yo adiviné el miedo en pleno día, hace unos diez años. Lo sentí el invierno último en una noche de diciembre.

Y, sin embargo, he corrido serios peligros, aventuras que parecían mortales. Me he batido á menudo. Unos ladrones me dejaron por muerto. Fui condenado á la horca como insurgente en América, y á ser echado al mar á bordo de un buque en las costas de China. En todas esas ocasiones me creí perdido é inmediatamente me sentía dispuesto al sacrificio, sin enternecerme sobre mi suerte, sin deplorarla siquiera.

Pero el miedo no es eso.

Lo presentí en Africa, á pesar de que dicen que es hijo del norte y que el sol lo disipa como disipa la niebla. Noteñ ustedes esto, señores. Entre los orientales no se aprecia la vida; todos se resignan en seguida; las noches son claras y sin fantasmas, sin esas inquietudes sombrías que en los países septentrionales acongojan á los hombres. En Oriente puede conocerse el pánico; pero no existe el miedo.

Pues bien: he aquí lo que me ocurrió en suelo africano:

Atravesaba las grandes dunas al sur de Ourgla. Es aquel uno de los países más raros del mundo. Ustedes conocen la arena de las playas lisas, sin ondulaciones. Pues figúrense que el mar se ha convertido en arena á impulsos del huracán; imaginen una tempestad silenciosa de olas inmóviles de polvo amarillo. Son altas como montañas, desiguales, diferentes, erguidas como las del mar cuando están desencadenadas, con estrías y líneas curvas en su superficie. Sobre este mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del sur vierte sus llamas implacables y directas. Hay que subir esas olas de ceniza dorada, bajarlas, volver á subirlas, y subir sin reposo ni sombra.

Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al descender aquellas sorprendentes colinas.

Eramos dos amigos seguidos de ocho spahis y de cuatro camelleros con sus acémilas. No hablábamos, rendidos de calor y fatiga y atormentados por la sed como el ardiente desierto.

De pronto uno de nuestros hombres lanzó una especie de grito. Todos nos detuvimos y permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno, que conocen los que han viajado por esas comarcas perdidas.

Cerca de nosotros, en dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; redoblaba de un modo claro, tan pronto vibrante como debilitándose su sonido; se detenía y luego continuaba su redoble fantástico.

Los árabes, asustados, se miraban, y uno de ellos dijo en su idioma: «La muerte se cierne sobre nosotros.» Y he ahí que, de repente, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, cae de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

Durante dos horas, mientras trataba de salvarle en vano, aquel tambor invisible llenaba mis oídos con su redoble monótono, incomprensible, inter-

mitente, y yo sentía que el miedo, el verdadero, el repugnante miedo penetraba en mis tuétanos mientras contemplaba aquel cadáver querido en aquel agujero abrasado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos traía, á doscientas leguas de todo pueblo francés, el redoblar rápido del tambor.

Aquel día comprendí lo que es tener miedo; mejor lo comprendí otra vez...

El capitán interrumpió al narrador.

—Dispense usted, caballero, ¿supo usted qué era aquel tambor?

El viajero replicó:

—No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales, sorprendidos á menudo por aquel ruido singular, lo atribuyen generalmente al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente acrecido por los altibajos de las dunas, de una granizada de granos de arena, llevados por el viento á chocar contra una mata de hierba seca; pues se ha comprobado que ese ruido resuena siempre cerca de alguna de esas plantas secadas por el sol y duras como pergamino.

Ese tambor parece que es como un espejismo del sonido. Así dicen. Pero sólo supe esto mucho tiempo después.

Voy á contar mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del noreste de Francia. Obscureció mucho más temprano por lo obscuro que estaba el cielo. Tenía por guía un campesino que andaba á mi lado, por estrecho sendero, bajo una bóveda de pinabetes, que el viento desencadenado hacía gemir. Entre las cimas veía correr las nubes, como si huyeran presas de espanto. A veces, al empuje de incontrastable ráfaga, todo el bosque se inclinaba hacia un mismo lado con un quejido de dolor; y yo sentía frío á pesar de mi marcha rápida y de lo bien abrigado que iba.

Debíamos cenar y dormir en casa de un guardabosque que por allí vivía. Iba yo allí para cazar.

Mi guía levantaba la mirada á veces y decía:

—¡Qué tiempo tan triste!

Luego me habló del guardabosque y de su familia. El padre había matado á un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces estaba triste, como acosado por un recuerdo. Sus dos hijos, casados, vivían con él.

Las tinieblas eran profundas. Nada veía ante mí ni en torno, y el ramaje de los árboles, entrechocando, poblaba de rumores la soledad. Por fin advertí una luz, y al poco rato mi compañero llamaba

á una puerta. Gritos agudos de mujeres nos contestaron. Luego una voz varonil, como ahogada, preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía dijo su nombre. Entramos. Fué un cuadro inolvidable.

Un viejo canoso, con la vista extraviada y el fusil cargado en la mano, nos esperaba en pie, en el centro de la cocina. Dos mocetones empuñando sendas hachas, guardaban la puerta. En los oscuros rincones pude distinguir á dos mujeres arrodilladas ocultándose de cara á la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma y mandó que prepararan mi cuarto; luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo:

—Mire usted, caballero; hace hoy dos años que maté á un hombre. El año pasado me vino á llamar; hoy le espero también.

Y añadió, en un tono que me hizo sonreír:

—Así es que no estamos tranquilos.

Le tranquilicé como mejor supe, contento de haber llegado aquella noche, pues así me era dado presenciar el espectáculo de aquel terror supersticioso. Conté anécdotas y aventuras y casi conseguí tranquilizar á todos.

Cerca de la lumbre, un perro viejo, casi ciego y mostachudo, uno de esos perros que se parecen á alguien que conocemos, dormía con la nariz entre las patas.

En el exterior, la tempestad se encarnizaba contra la casita, y por un cristal pequeño, especie de mirilla colocada junto á la puerta, veía de pronto una masa de árboles, zarandeados por el viento, á la luz de vivos relámpagos.

A pesar de mis esfuerzos, comprendía que un terror profundo sobrecogía á todos aquellos seres, y, cada vez que dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban hacia lo lejos. Aburrido de presenciar aquellos temores imbéciles, iba á retirarme á mi cuarto, cuando el viejo guardabosque dió un salto en la silla, empuñó de nuevo el fusil y balbuceó con voz aterrorizada:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ya le oigo!

Las dos mujeres volvieron á caer de rodillas ocultando sus rostros, y ambos mozos cogieron las hachas. Iba á ver si de nuevo les calmaba, cuando el perro dormido se despertó bruscamente, y levantando la cabeza y alargando el pescuezo, miró al fuego con sus ojos casi apagados y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que, por la noche, hacen es-

tremecer á los viajeros en el campo. Todas las miradas se fijaron en él, que estaba inmóvil, de pie, como asustado por una visión, y que de nuevo se puso á aullar hacia algo invisible, espantoso sin duda, pues se le erizaba el pelo de todo el cuerpo. El guarda, lívido, gritó:

—¡Lo olfateal! ¡Lo olfateal! ¡Estaba allí cuando lo maté!

Y ambas mujeres, enloquecidas, se echaron á chillar como el perro.

A pesar mío, sentí un estremecimiento. Aquella visión del animal en aquel sitio, en aquella hora, entre aquellas gentes despavoridas, daba horror.

Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como si sintiera la angustia de una pesadilla, y el miedo, el espantoso miedo penetraba en mi corazón. ¿El miedo de qué? ¿Lo sé yo acaso? Era el miedo; he ahí todo.

Permanecíamos quietos, lívidos, esperando algún acontecimiento espantoso, con el corazón latiendo arrebataadamente, atento el oído, trastornados por el menor ruido. El perro empezó á dar vueltas por la habitación olfateando las paredes, gimiendo sin tregua. ¡Aquel animal nos enloquecía! Entonces el guía, como acometido de una especie de paroxismo

de terror furioso, se lanzó sobre el perro y, abriendo una puertecita que daba á un patio, lo echó afuera.

Calló en seguida, y nosotros quedamos sumidos en un silencio más aterrador aun. De pronto, todos á una, nos estremecimos sobresaltados; alguien se deslizaba á lo largo de la pared que daba al bosque; después pasó junto á la puerta, que tocó con mano vacilante; luego, durante dos minutos en que todos enloquecimos, no se oyó nada. Después se acercó de nuevo, rascó ligeramente la pared como pudiera hacerlo un niño con la uña; y, de pronto, una cabeza apareció por el cristal de la mirilla; una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras. Salió de su boca un quejido extraño, un murmullo lastimero.

Entonces estalló un ruido formidable en la cocina. El viejo guardabosque había disparado. En seguida sus hijos se precipitaron; taparon la abertura con la mesa, la cual afianzaron con el buffet.

Y les aseguro que al oír la detonación que no esperaba, sentí tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo que me sentí desfallecer, y estuve á pique de morir de miedo.

Estuvimos en aquel cuarto hasta el alba, incapa-

ces de movernos, de hablar, crispados todos nuestros nervios de un modo indecible.

No nos atrevimos á desembarazar la puerta, hasta que entró un rayo de luz del día por una rendija.

Junto á la pared, contra la puerta, estaba tendido el perro, con la garganta atravesada por un balazo.

Había salido del patio abriendo un agujero debajo de la empalizada.

El narrador calló unos instantes y prosiguió así:

—Aquella noche no corrí ningún peligro; pero preferiría volver á afrontar todos los que he corrido á encontrarme de nuevo en el instante en que disparó el fusil contra la cabeza barbuda que apareciera en el cristal.

UNA BROMA NORMANDA

Una broma normanda

A. A. de Joinville.

El cortejo se extendía por el camino hondo sombreado por grandes árboles crecidos sobre los firmes taludes. Venían primero los novios, después los parientes, luego los invitados, y por último los pobres del país, y los muchachos, que daban vueltas alrededor de los novios como moscas, pasaban entre las filas y se subían á los árboles para ver mejor.

El novio era un guapo muchacho, Juan Patu, el labrador más rico del país. Era ante todo un cazador frenético que enloquecía por satisfacer su pasión, y gastaba cantidades enormes para sus perros, guardabosques, hurones y escopetas.

La novia, Rosalía Roussel, había sido muy cortejada por todos los mozos de la comarca, pues era linda y tenía dote; pero ella había preferido á Patu, quizá porque le gustaba más que los otros, ó quizá porque, á fuer de buena normanda, no desdeñaba el dinero.

Cuando pasaron el gran portal de la casa del novio, estallaron cuarenta escopetazos por lo menos, sin que se viera á los que disparaban. Al oír aquel ruido, una gran alegría se apoderó de los hombres que sudaban el quilo con sus trajes domingueros, y Patu, dejando á su mujer, dió un salto hacia un criado que vió detrás de un árbol, le cogió su arma, y disparó él mismo un tiro brincando como un pollino.

Luego volvieron á ponerse en marcha bajo los manzanos cubiertos de fruto á través de la hierba alta, entre las terneras y novillos que se levantaban perezosamente, miraban con sus grandes ojos, y permanecían en pie como sorprendidos de ver aquella comitiva.

Los hombres recobraban su gravedad viendo que se acercaba la hora de la comida. Unos, los ricos, llevaban sombreros de copa muy relucientes que no parecían muy en armonía con el paisaje; otros,

llevaban sombreros de pelo largo que parecían de piel de topo, y los más humildes se contentaban con una gorra.

Todas las mujeres tenían los chales caídos á la espalda de los cuales aguantaban las puntas con gran ceremonia. Aquellos chales eran charros, llamativos, chillones y sus vivos colores parecían admirar á las negras gallinas que picoteaban el estiércol, á los patos que estaban junto á la charca y á las palomas que estaban posadas en las techumbres.

El verde color de la campiña, el de la hierba y el de los árboles parecían rabiarse al contacto de aquel color de púrpura, y los dos tonos vivísimos, resaltando el uno al lado de otro, resultaban cegadores á los rayos de fuego del sol de mediodía. La gran casa de campo parecía esperar al final de la bóveda de manzanos. Una especie de humo salía por todas sus aberturas y singularmente por la puerta, y el vasto edificio despedía un olor pesado de comida que abría el apetito de los invitados.

El cortejo que éstos formaban se alargaba como una serpiente á través del patio. Los primeros que llegaban á la casa rompían aquella cadena humana, se dispersaban mientras que á lo lejos continuaban

entrando todavía gente y más gente en el patio. Junto á la zanja que corría alrededor del patio había docenas y docenas de muchachos y de curiosos y no cesaban los disparos estallando aquí y allá, todos á la vez, llenando el aire de esa humareda de pólvora que emborracha como el ajeno. Delante de la puerta las mujeres sacudían el polvo de sus vestidos y desataban las oriflomas que servían de cintas á sus sombreros, se quitaban los chales y se los colocaban al brazo y luego entraban en la casa para dejar definitivamente aquellos adornos.

La mesa se había puesto en la cocina y podía contener cien personas.

Se sentaron á las dos. A las ocho comían aún. Los hombres, con el chaleco y la camisa desabrochada, sin chaqueta, con el rostro congestionado, engullían como abismos. La sidra amarilla relucía alegre, clara y dorada en las anchas copas junto al vino rojo de color de sangre. Entre plato y plato se echaban entre pecho y espalda una copa de aguardiente que incendia el cuerpo y enloquece los cerebros.

De vez en cuando, un convidado ahito salía hasta un grupo de árboles cercano, se aliviaba y volvía á entrar con más hambre que antes.

Las campesinas, de color de escarlata, oprimidas, con el pecho inflado como un globo, agarrotadas por los corsés, hinchadas de arriba y de abajo, permanecían en la mesa por pudor. Pero una de ellas, más apurada que las otras, se levantó y todas la siguieron.

Volvían más alegres, dispuestas á reír. Entonces empezaron las bromas atrevidas.

Se dijeron obscenidades enormes relativas todas á la noche de novios. Se vació todo el arsenal de chistes verdes. Desde hacía cien años, repetíanse las mismas historietas, y aun cuando todos las conocían, no por eso dejaban de hacer reír á las dos filas de comensales.

Un viejo de pelo gris gritaba: «¡Viajeros para Mejidon, al coche!» Y todo el mundo soltaba la carcajada. En el extremo de la mesa, cuatro mozos, vecinos del novio, preparaban bromitas para la pareja, y parecían haber hallado alguna maravillosa según lo que reían y cuchicheaban.

Uno de ellos, de pronto, aprovechando un instante de silencio, exclamó:

—¡Buena luna hace hoy para los cazadores furtivos! ¡Oye, Juan! me parece que no serás tú quien vigile esta noche.

El recién casado se volvió bruscamente.

—¡Que vengan esos perdidos!

El que le interrogara se echó á reír.

—¡Bah! ¡Me parece que no abandonarás tu trabajo por tan poca cosa!

Todos los comensales soltaron el trapo á reír. Tembló el pavimento y temblaron las copas.

Pero Juan, á quien la idea de que podían aprovechar su boda para cazar en sus tierras ponía fuera de sí, se puso furioso.

—Lo que os digo; ¡que vengan esos perdidos!

Entonces hubo una lluvia de obscenidades y de frases de doble sentido que hacían ruborizar á medias á la novia, que esperaba estremecida el final de la fiesta.

Luego, cuando se hubieron bebido barriles de aguardiente, cada cual marchó á su casa, y los jóvenes entraron en su cuarto, situado en la planta baja, como todas las habitaciones de las casas de labranza, y como hacía calor, abrieron la ventana.

Una lamparilla de mal gusto, regalo del padre de la novia, ardía sobre la cómoda y la cama estaba dispuesta á recibir á la nueva pareja que no gastaba tantos cumplidos como los burgueses de las ciudades.

La joven se había ya quitado los adornos del peinado y el vestido, y estaba en enaguas, quitándose las botas, mientras Juan terminaba un cigarro mirando de soslayo á su compañera.

La miraba con ojos encandilados, más sensuales que cariñosos, pues antes la deseaba que la amaba, y de pronto, con un movimiento brusco, como un hombre que va á trabajar, se quitó la levita.

Ella se había quitado las botas y hacía lo mismo con las medias. Entonces, como le tuteaba desde niña, le dijo:

—Anda, ocúltate allí, detrás de las cortinas mientras yo me meto en la cama.

El fingió rehusar, y luego, se fué allá con aire socarrón y oculto el cuerpo pero no la cabeza. Reíase la moza, quería taparle los ojos y jugaban de un modo alegre y amoroso sin pudor y sin vergüenza.

Para acabar de una vez, cedió Juan, y en un instante desató ella los cordones de las últimas enaguas que se deslizaron á lo largo de las piernas, cayeron en torno de sus pies y formaron como un aro blanco en el suelo. Pasó por encima, tapada únicamente por la camisa holgada, y se deslizó en la cama cuyos resortes crujieron bajo su peso. El acu-

dió en seguida también descalzo, llevando únicamente el pantalón, y se inclinaba hacia su mujer buscando sus labios que ocultaba ella en la almohada, cuando de pronto, sonó un tiro en el bosque de la Râpée, á lo que le pareció.

Se irguió inquieto, azorado, y corrió á la ventana quitando el

La luna llena bañaba el patio con su luz amarillenta. La sombra de los manzanos formaba manchas sombrías y á lo lejos, la campiña cubierta de espigas maduras, relucía.

Mientras Juan estaba inclinado hacia afuera, dos brazos desnudos se ciñeron á su cuello y la mujer, echándole hacia atrás, murmuró:

—Déjalo, tonto, ¿qué te importa eso? Ven.

Se volvió, la cogió, la estrechó, la palpó bajo la ligera tela y levantándola con sus brazos robustos, la llevó hacia la cama.

En el momento en que la ponía sobre la cama se oyó una detonación más próxima.

Entonces Juan, dominado por una cólera furiosa, exclamó:

—¡Ira de Dios! ¿Creen que no saldré porque me he casado? Espera, espera.

Se calzó, descolgó el fusil que estaba colgado

siempre al alcance de su mano, y aun cuando su mujer se arrastraba de rodillas y le suplicaba desesperada, se desasíó bruscamente, corrió á la ventana y saltó al patio.

Esperó una hora, dos horas, hasta el día. Su marido no volvió. Entonces medio loca llamó, explicó el furor de Juan y el modo como había marchado en busca de los cazadores.

En seguida los criados, los carreteros y los mozos de labranza marcharon en busca del amo. Le encontraron á dos leguas de la casa de campo, atado de pies y manos á un árbol, medio muerto de ira, con la escopeta torcida, los calzones al revés, tres liebres muertas alrededor del cuello, y un cartelón en el pecho que decía:

«Quien va á la caza
pierde la plaza.»

Años después, cuando contaba aquella noche de novios, añadía:

—Como broma fué buena, me cogieron en un lazo como á un conejo, los pícaros, y me taparon la cabeza con un saco. Si un día les pesco, ya sabrán lo que es bueno.

De esta manera se divierte la gente en días de boda en la tierra normanda.